

—Mr. Mortal se ha matado—dijo bruscamente la doncella, como si la ahogase el secreto.

Clara se arrodilló lentamente.

Sus labios se movían, pero no se oían sus palabras.

La doncella la contemplaba inmóvil.

—La pobre señora reza—se decía.

Clara se levantó al cabo de un momento, extremadamente pálida.

—¡Un traje de luto!—dijo.

Y se encerró en su cuarto durante todo el día.

VII.

El despertar.

Noel Rambert se despertaba de nuevo como de un sueño espantoso. Había sacrificado su vida, vendido su carne, y aun se hallaba vivo. El patíbulo estaba dispuesto á cien pasos de allí; la hora de la ejecución había sonado, y la cabeza del reo se sostenía aún sobre sus hombros.

El jefe de seguridad de servicio, el comisario de policía y el escribano habían recibido una orden de suspensión, firmada por el Ministro, y el reo

había sido encerrado de nuevo en aquella celda á que no vuelven los que salen de ella.

—No he visto otro caso semejante—decía el escribano.

Noel, sorprendido, cansado y falto de fuerzas, cayó en su cama como una masa y se quedó dormido con el comatoso sueño de un enfermo.

Los carceleros se preguntaban unos á otros: ¿qué habrá en esto?

Unos decían que se acababa de descubrir que Rambert tenía cómplices y se suspendía la ejecución para que los nombrase; otros que no, que el pobre era inocente, que se acababa de saber quién había dado el golpe y que aquella misma mañana sería detenido. ¡El escándalo iba á ser espantoso!

¿Y Rambert?

Se revisará su proceso. Pero aunque salga libre, no tendrá el desgraciado mucho tiempo de frotarse las manos de alegría. ¡Miradle qué demacrado! ¡Cualquiera diría que estaba muerto! — se decían.

En efecto, la justicia se encontraba en presencia de los artículos 443, 444 y 445 del Código de instrucción criminal, que conceden al Ministro el derecho de ordenar la revisión de los procesos criminales. La sentencia iba, pues, á ser revisada, y

el acusado sería sometido á nuevos debates ante otro tribunal.

La ley lo exigía así, y era inevitable que Rambert compareciese de nuevo ante los jueces para explicar por qué había mentido.

Noel Rambert estaba muy enfermo y podía morir en la cárcel durante la instrucción de aquel nuevo proceso.

En esta débil naturaleza humana hay seres á los que se podría matar con una gota de agua, y que sin embargo soportan enérgica y victoriosamente males sin cuento y tienen un poder, una elasticidad y una fuerza de resistencia inconcebibles. No habían transcurrido aún tres meses, cuando Noel, estrechando contra su pecho, aun enfermo, á su hijo adorado, y tendido delante de la puerta de una casita de campo de Sartrouville, se preguntaba si los meses de aquel año, que acababa de atravesar, habían existido realmente y si él los había vivido.

Le parecía estar en constante y terrible pesadilla. Creía hallarse en el primer día de Enero, y que veía la horrible miseria en su cuarto, las tiendas llenas de luces, los boulevares muy animados, á Santiaguito exigiéndole un juguete y él pidiendo una limosna. Veía también los Campos

Eliseos desiertos, y la aparición de aquella mujer cuyo apellido sabía en la actualidad, las monedas de oro que sonaban en el hueco de su mano, la excursión á Beaujon, el crimen y el arresto.

Después el calabozo, los sufrimientos, el martirio de todos los interrogatorios, las protestas del inocente preguntándose lo que le querían y dudando de sí mismo; luego veía á aquel hombre, á aquel Mortal que le ajustaba la vida y la honra; aquel pacto de la venta de un cadáver á un Schylock asesino; la vista de la causa, la confesión, la camisa de fuerza, los preparativos, la frialdad de las tijeras del verdugo al tocarle en el cuello, y la guillotina.....

¡Y bruscamente la salvación y la vida! ¡Luego un nuevo proceso con nuevos jueces! ¡Médicos que trataban de averiguar si el hombre capaz de sacrificarse así por su hijo no era un loco! Después la recompensa, la enhorabuena de las gentes, á Pascual Arthet, llevándole en un coche medio desvanecido de emoción y de debilidad; al padre encontrando de nuevo, volviendo á ver, estrechando fuertemente á su hijo, á su Santiago, á aquella carne de su carne.....

Y mientras el padre y el hijo se abrazaban, y el pobre hombre oía la música de aquella sonrosada

boquita que le decía: *papá, mi querido papá*, se abrió una puerta y apareció una desgraciada mujer, pálida, delgada, desconocida; era Marta, era la madre del niño, que se arrojaba la pobre llorando, y entre dos accesos de tos decía:

—¡Perdón! ¡perdón! ¡Oiga yo esa palabra de la misma boca que otras veces me ha dicho: te amo!

Pero ¿no era aquello un sueño, una pesadilla?

Y Noel, bañado por el sol, templaba su demacrado cuerpo con aquel agradable calor que vivificaba sus pulmones, y estrechaba contra su pecho á su hijo, que ocultaba su cabecita bajo la barba del padre.

¡El pobre Santiaguito estaba de luto!

Sí, de luto por Marta. La visión no mentía. Noel se entregaba de nuevo á sus pensamientos, y se veía perdonando á la que le había engañado, alzándola y diciéndola que no llorase, mientras que Pascual Arthet, que estaba allí, repetía: «Es usted un buen hombre, Noel», y el niño la decía: «No llores más, mamá; ya ves que papá no te regaña.»

¡Qué recuerdos! Aquella era la vida de Rambert desde hacía tres meses. Se le había rehabilitado; había querido volver á ver á los compañeros de la casa Potonié. Le habían recibido muy bien, y el

principal le había dicho: «Su puesto le espera; pero ¡cuidese usted!»

¡Cuidarse! El doctor Arthet hacía lo que podía, y también la pobre señora Laverdac, que había ido á verle y le decía:—Ya no tengo hijo. Déjeme usted querer al suyo, ya que vió usted morir al mío, y que le hubiera salvado.....

—¡Si hubiese podido, si hubiera llegado antes!—respondía Noel.

Se sentía rodeado de cuidados. Santiaguito no estaba ya solo. No tendría el sangriento dinero de Mortal; pero tenía el apoyo de aquella desgraciada madre á quien habían arrebatado su hijo, y también el de Clara, quien después de haber abandonado á París vivía en la soledad en Versailles, en una calle sin ruido y en una casa ignorada.

¡Ah! ¡cuántas cosas en tan poco tiempo!

Rambert continuaba viéndolas con el pensamiento. Veía á Marta, enferma y espirante, morir antes que él, pero perdonada y maldiciendo al miserable cuyo paradero ignoraba.

—Si le encontrase, le estrangularía—pensaba Noel.—Pero aquel infame Gobergeau es cobarde y procurará ponerse en salvo.

¡Bah! acaso haya muerto de alguna borrachera. No pensemos más en semejante miserable. ¡Pobre

Marta! ya ha expiado su tontería! ¡una muchacha tan guapa y tan sana, morir tísica.—¡Y qué muerte! ¡Qué llanto, qué sollozos, y cómo estrechaba á su hijo entre sus delgados brazos! Aun le parecía á Noel oír sus ardientes súplicas:

—¡Perdón! ¡perdón!

Si, la había perdonado. Aquella pobre Marta había sido el único amor de su vida. ¡Y además era la madre de Santiaguito! Cuando la condujeron al cementerio, lloró mucho.

Noel no quiso que Santiaguito acompañase al fúnebre cortejo. El niño era muy nervioso y no hubiera olvidado nunca el entierro de su madre. No necesitaba emociones aquel ser, semejante á una sensitiva.

Rambert se había vuelto á encontrar solo con su hijo, en una habitación triste de París, sintiéndose mejor físicamente y recobrando las fuerzas, por efecto sin duda del buen tiempo. Pero ¿no caería en el otoño como las entonces verdes hojas, condenadas á ponerse amarillas como él y á desaparecer?

¡Condenado! Aquella palabra le causaba un miedo espantoso. Quería vivir, porque tenía de nuevo á su hijo y le parecía muy cruel tener que abandonarle para siempre.

Noel recordaba el día en que el doctor Arthet entró en su casa diciéndole: «Necesitáis respirar el aire del campo y su aroma. Y en invierno los aires del Mediodía. Las buenas gentes que velan por vos, la madre del muerto y la viuda del que mató, me han remitido para vos—para Santiaguito—una suma que os servirá para vivir bastante tiempo y recobrar la salud. (¡La salud! y Noel abría sus grandes y febriles ojos de enfermo.) ¡Vamos, veníos conmigo!

Y partían, y el doctor instalaba á Noel y Santiaguito en una pequeña quinta próxima al mar, en Sartrouville, en la que se respiraban las saludables emanaciones del establo y de los árboles.

Aquel rudo trabajador que tanto había sufrido, se quedaba allí, entregado al descanso, disfrutando del calor, acariciando la cabecita de su hijo y diciendo con angustia:

—¿Pero voy á morir ahora que me siento tan feliz?

Así pensaba y vivía estrechando á su hijo, levantando la cabeza hacia el azulado cielo y contemplando el ribazo que se deslizaba suavemente hacia el Sena iluminado por el sol, las verdes riberas, los tejados de pizarra de Maisons-Laffitte, el antiguo molino, el castillo perdido entre los

árboles, y más cerca, por encima de la hierba y de las florecillas del borde del agua, las maripositas de verdes alas que pasaban rápidas, y los pajarillos que volaban alegres al rape del agua en que saltaban los pescados.

Noel contemplaba todo aquello. Aquellas cosas tan diferentes del olor de la grasa y del aceite del taller, del ruido de las ruedas, de los negros horizontes del alquitrán en que había vivido toda su vida, como si hubiera estado sujeto al engranaje de una máquina inmensa. Le parecía que sólo entonces empezaba á vivir. ¡Un poco de aire, de verdura, de cielo, y todas sus muertas esperanzas que resucitaban! Sólo los trenes que pasaban lanzando espesas columnas de humo y chispas de fuego le recordaban la fábrica, el trabajo y la lucha pasada. Estrechaba entre sus dedos la suave mano de su hijo, y llevándosela á los labios decía por lo bajo:

—No quisiera separarme tan pronto del pobrecito.

Se levantó bruscamente de la silla en que estaba sentado. Llegaba á la verja un hombre conducido por el tren que acababa de pasar por el puente de hierro produciendo un estrepitoso ruido.

Era el doctor Arthet.

El niño salió á su encuentro y se abalanzó á su cuello. Noel se acercó, tendiendo su mano al médico.

—¡Oh!—dijo Arthet—tenéis muy buen aspecto, Rambert.

—¿De veras?—preguntó el enfermo con inquietud.

—Sí. Las fuerzas vuelven y la anemia va desapareciendo visiblemente. Ya sabéis que no me gusta ocultar la verdad.

—¡Ah, doctor!—dijo Noel suspirando.—Si lo-grase ver crecido á mi hijo!

—¿Y cómo está ese mocito?—preguntó el doctor.

—Ya empiezo á leer—contestó el niño.—Papá me dirige la mano y hago palotes.

Pronunció aquellas palabras con tanto orgullo como el de un conquistador al hablar de una batalla ganada.

—Entonces, ya eres un hombre.

—Y un hombrecito muy bueno—dijo Rambert.

—La pobre señora Laverdac vino el otro día. Le vió escribir en un cuaderno rayado que ella me trajo. Yo guiaba la mano de Santiago, y ella miraba. Cuando acabamos, alcé los ojos y ví que la pobre señora estaba llorando. Entonces me dijo:

«Así guiaba yo los deditos de mi Paul cuando aprendía á escribir.» La pedí perdón; sentía haber sido la causa involuntaria de su tristeza. «Al contrario, me contestó; eso me gusta, porque el niño se parece á mi hijo.» Y abrazó á Santiaguito tan fuertemente como yo puedo hacerlo.

—Es preciso no cansarle; su cabeza trabaja demasiado —dijo Arthet;—y eso que se ha puesto muy bien, está muy grueso; su debilidad desaparecerá pronto.

—¡Ah, quién le verá grande!

—¡Valor!—contestó Pascual.—Vuestra enfermedad, mi pobre Noel, era el sentimiento, la desesperación y la miseria. ¡Ah! ¡el mejor remedio y el mejor médico es la dicha! Ahora podréis vivir.....

Pronunció aquella frase con singular expresión, como si le recordase la palabra de honor dada al sacerdote, y violada, violada por él, que jamás había mentado.

—Os lo juro, Rambert, y os respondo de ello. Este invierno os voy á llevar á Niza.

—¡A Niza! ¿como un rico? ¿Y trabajar? ¡Me aburro sin hacer nada!

—Ya trabajaréis á vuestro regreso.

¿Y mamá?—preguntó el niño.

Los dos hombres cambiaron una mirada triste y se estremecieron.

—¿No es cierto que mamá vendrá con nosotros?

—No, Santiaguito.

—¿Por qué?—preguntó el niño.—¿Porque nos ha dejado? Pero ya se separó de nosotros otra vez y luego volvió. ¿Verdad que aun volverá?

—Ya no vendrá, hijo mío; pero el doctor asegura que papá no se separará de tí.....

—¡Túl ¡oh! ¿siempre estarás conmigo? ¿No es eso, señor Arthet? ¿Y no te hará ya nadie mal?

—¡Nadie!

—Y además—añadió Rambert ocultando sus labios en las sonrosadas mejillas de su hijo, respirando el perfume de sus rubios cabellos y dirigiendo al doctor una inefable mirada de reconocimiento, de esperanza y de alegría—todo lo que me han hecho, y lo que puedan hacerme aún, se disipa con una sonrisa y un beso tuyos, querido de mi alma.

—¿De veras?—dijo el niño.—¡Pues bien! si eres desgraciado aún, ó si algo te fastidia, llámame, te abrazaré, y el sufrimiento desaparecerá. Te tendré abrazado todo el tiempo. ¡Todo el tiempo, papá! ¡Siempre! ¡siempre!

—¿Siempre?—preguntó Noel con angustia mirando al médico.

—Sí, mucho tiempo—respondió Arthet. ¡Habéis de ver á Santiaguito hecho un hombre!

¡Un hombre!

Y mientras que el niño corría persiguiendo las mariposas, como más tarde perseguiría sueños, Noel Rambert repetía aquella palabra llena de esperanza, de goces para el porvenir, de amor, de consuelo y de olvido: *¡Un hombre!*

FIN.

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

LITERATURA

- Arambilet.**—*Agnés* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aureville.**—*Lo que no muere*: 2,50.
- Belot.**—*Loca de amor*: 2,50.
- Belot.**—*La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
- Belot.**—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
- Belot.**—*La explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
- Belot.**—*La Pecadora*: 2,50 y 3 en tela.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: 2,50.
- CLARETIE.**—*Juan Mornas*: 2,50.
- CLARETIE.**—*Noris*: 2,50 y 3 en tela.
- CLARETIE.**—*La Fugitiva*: 3 y 3,50 en tela.
- CLARETIE.**—*La Querida*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- CLARETIE.**—*El Señor Ministro*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Cubas.**—*El Angel del presidio*: 1,50.
- Cubas.**—*El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas.**—*La Mortaja de limosna*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Delpit.**—*Las represalias de la vida*: 2,50.
- Dickens.**—*Días penosos*: 2,50.
- Dumas.**—*Paulina y Pascual Bruno*: 3 y 3,50 en tela.
- Eça de Queiros.**—*El primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond.**—*La Leñadora*: 2,50.
- Enault.**—*Gabriela de Célestange*: 2,50.
- Ennery.**—*El Principe de Moria*: 2,50.
- Feuillet.**—*La Muerta*: 2.ª ed.: 3.
- Feuillet.**—*Los amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet.**—*Un matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Feuillet.**—*El conde Luis de Camors*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet.**—*La novela de un joven pobre*: 2,50 y 3 en tela.
- Fortunio.**—*La Virgen de Belem*: 2,50.
- Gaboriau.**—*Matrimonios de aventura*: 2,50 y 3 en tela.
- Galeria de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier.**—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier.**—*Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye.**—*La Comedianta*: 2,50.
- Jorge Sand.**—*El Castillo de Flamaran-de*: 2,50 y 3 en tela.
- Julio Simón.**—*Dios, Patria y Libertad*: 5.
- La Cerda.**—*El gran problema*: 2,50.
- La Cerda.**—*La Tela de Araño*: 1.
- Mahalin.**—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
- Malot.**—*Zyta la saltibancus*: 2,50 y 3 en tela.
- Musset.**—*La confesión de un hijo del siglo*: 2,50 y 3 en tela.
- Ohnet.**—*El Gran Margal*: 2.ª ed.: 3.
- Ohnet.**—*Las Señoras de Croix-Mort*: 2.ª edición: 3.
- Ohnet.**—*Lise Fleuron*: 2,50.
- Ohnet.**—*Sergio Panine*: 3.
- Ohnet.**—*La condesa Sara*: 3.
- Ohnet.**—*Las ferreteras de Pont-Avennes*: 3.
- Ohnet.**—*Negro y Rosa*: 3 y 3,50 en tela.
- Ortega Munilla.**—*Orgía de hambre*: 2,50.
- Ossorio y Bernard.**—*Cuadros de género trazados á pluma*: 2.
- Ossorio y Bernard.**—*Romances de ciego*: 1.
- Ossorio y Bernard.**—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.
- Rivière.**—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
- Soles Eguilaz.**—*En el quinto cielo*: 2,50.
- Trueba.**—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
- Ulbach.**—*El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: 2.ª ed.: 2,50.
- Vascano.**—*Javier Malo*: 2,50.
- Wilkie Collins.**—*¿Señorita ó señora?*: 2,50 y 3 en tela.
- X***.**—*Al lado de la dicha*: 2,50.
- Zaccone.**—*Los dramas de la Bolsa*: 2,50.
- Zola.**—*Germina*: 2.ª edición: dos tomos, 6.
- Zola.**—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
- Zola.**—*El vientre de París*: dos tomos, 5.
- Zola.**—*La Confesión de Claudio*: 3 y 3,50 en tela.
- Zola.**—*La fortuna de los Rougon*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Zola.**—*La Conquista de Plassans*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.